

## Ser Fontanarrosa

*El crimen de El Negro, una confesión inconfesable*

*Roberto Fontanarrosa no murió. No voy a caer en el cansado lugar común de decir que no murió porque lo guardamos en la cálida memoria de nuestros corazones. Aunque no hay dudas de que así será. Pero cuando realmente muera, cosa que no ha sucedido. No se vaya a pensar, por favor, que aquí merodea la metáfora, o la licencia literaria. Nada de eso, en absoluto. Lo reitero sílaba por sílaba: ya entrados a la segunda década del siglo 21, el Negro más mentado de la literatura argentina vive, camina, respira, toma café. Ahora bien, si no murió el 19 de julio del 2007 como dijeron las noticias y las necrológicas, ¿por qué caramba o carajo no está? Simple: porque huyó escapando de la justicia: debe una muerte. Y esto también dicho sin metáfora. Mató a alguien Fontanarrosa, hace una punta de años. ¿Crimen perfecto? Casi. Repito, esto no es jodienda: sucedió. ¿Y por qué permaneció oculto, sin esclarecerse? Y bue, lo queremos tanto...*

En este minuto, seguro, voces indignadas se alzarán diciendo que soy un loco de atar, que con mi delirio estoy desnucando el arte de injuriar. Pido calma y paciencia. O viceversa. No soy de

andar jurando, pero por mis padres juro que en unos cuantos párrafos más demostraré, con los hechos, que Fontanarrosa Roberto, alias El Negro, mató a un ser humano; y no en una historieta, y no en un cuento o novela. Mató afuera de la historieta y de sus libros, mató en esta realidad. Esa es la verdadera causa de su huida, de su muerte simulada, de su simulacro.

Para dar pruebas fehacientes me remito a un libro que escribí a dúo con el Negro. Lo publicó Ediciones de la Flor en 1992. Fue bastante ninguneado y afanado el libro, pero en fin. El título anticipa algo de su contenido: *Fontanarrosa, entregáte. Y vos también, Boggie. Y usted también, Inodoro*. Con aquel libro me asomé a su vida a través de tres arduos interrogatorios: uno a él, otro a Boogie y otro a Pereyra. Las respuestas del Negro son reales y las de sus dos personajes textuales, aunque destejidas del contexto de sus historietas. En algún momento del libro es que surge la revelación, concreta, del crimen cometido. Él me lo confesó y, ya se verá, con lujo de estremecedores detalles. ¿Qué fue lo que me contó el Negro? Calma y paciencia. O viceversa. Si lo cuento ahora, lectores, ustedes se me rajan.

## Con Boogie y las visitas

Para ir elongando comparto tramos de *Fontanarrosa, entregáte...* Empiezo con Boggie, siniestro personaje que en materia de crueldades se habrá sentido como pez en el agua en la desollada Argentina del año 1976 y siguientes. A Boogie no lo fui a buscar, una tarde él tocó el timbre de mi casa. No tuve que invitarlo a pasar porque apenas entreabrí la puerta la atravesó con un pie, un empujón y ya estaba adentro:

—Mi nombre es Boogie. Pero me dicen el Aceitoso.

—¿Y... qué lo trae por aquí?

—Pensé que usted sería mucho más feliz si tuviera un guardaespaldas que velase su sueño.

- Gracias. No uso.*
- Vea, Rodolfo, las funerarias se han enriquecido con gente que pensaba como usted. Necesita que lo cuiden, alguien que reemplace la figura de su madre.
- ¿Para qué guardaespaldas? Si yo no tengo ni poder, ni fortuna, ni...*
- Pero espalda tiene.
- ...ni enemigo tengo.*
- El progreso ha eliminado la necesidad de tener enemigos para obtener una muerte violenta... Usted precisa cerca alguien que desenfunde rápido y no trepide en disparar.
- Boggie, para disparar estoy yo: soy un cobarde extraordinario.*
- Renacuajo.
- ¿Decía?*
- Renacuajo.
- Ah, pensé que me estaba insultando... Ya que estamos, cuénteme de su trabajo... ¿Qué siente usted cuando mata?*
- Si uso silenciador no siento nada.
- ¿Podemos hablar de sus padres?*
- Los odio. Y a los dos por igual, para que ninguno se sienta disminuido, según dijo mi psicólogo... Mi padre fue un pacifista.
- ¡¿Pacifista?!*
- Hizo toda la campaña del Pacífico degollando japoneses.
- Digamé: ¿usted es hijo único?*
- Soy hijo único. Mi hermano murió en Vietnam. Lo pisó un tanque liviano en Phon Saly. No hace mucho recibimos el sobre.
- Con la espantosa noticia.*
- No, con mi hermano. Todavía no sabemos si ponerlo en un panteón o en un bibliorato.
- Antes de seguir, Boogie, qué quiere tomar: ¿café, té, mate?*
- Whisky. Y patatas.
- Una curiosidad, ¿hasta qué edad usó pañales?*
- Tenía 8 años y aún me orinaba encima.

–*¿Cómo es posible?*

–Bebía mucha cerveza.

–*Sin ánimo de incurrir en psicoanálisis, tengo la impresión de que usted debe haber padecido muchas crueldades en su niñez...*

–Sí, una vez me regañaron por sacarle la lengua a mi abuela.

–*Cosa de chicos.*

–Pero fue con una tenaza.

Y la conversación siguió. Inesperadamente, fueron llegando otras visitas. El primero, Gandhi. Yo en algún momento quise tomar una papa frita de las que le había servido y Boogie me atravesó la mano con el tenedor. No fue fácil el rato, créanme; cuando apareció Gandhi lo trató de sucio, de alfeñique, ¡hasta de latinoamericano lo trató! Me parece estar escuchando el verdugueo de Boogie al tenue Gandhi.

–Se ve que estás mal comido. Toma esta navaja, flacu-chento. Empújala contra el estómago de cualquiera y pídele dinero. Con eso comerás.

–*El bien viaja a paso de tortuga.*

–*¡Calla, sucio pacifista sin proteínas!*

–*El perdón es mucho más viril que el castigo. Enaltece al guerrero.*

–*¿Perdón dijiste? Cuida el vocabulario porque... a ver si tengo que gastar una granada para terminar con esta cucaracha blanca.*

–*¿No ha demostrado la bomba atómica –le dice siempre manso Gandhi– la ineficacia de toda violencia?*

–Alfeñique, por culpa de cobardes como tú hubo tan poca gente en el acto de protesta contra la finalización de la guerra de Vietnam.

“Mejor váyase, Gandhi”, le aconsejé. A esta altura Boogie ya había alzado su Magnum. Después, a mi departamento fueron llegando Alfonsina Storni, Camus, Gironde... y los diá-

logos con el Aceitoso resultaron escalofriantes. Por fin solos, le expliqué a Boogie que la violencia que él expresa también brota a través del hambre, la desocupación, las inalcanzables mujeres de las tapas de las revistas. Hasta que advirtió que se había terminado el whisky. Entonces... *bang...bang...*

–*Te dije, Rodolfo: mi paciencia tiene un límite.*

–*Ay... ¿por qué tuvo que dispararme en... las rodillas?*

–*No te quejes, renacuajo. Ahora quedarás así de chiquito.*

*Y encontrarás al niño que eras.*

–*Gracias por su deferencia... Usted es verdaderamente derecho... y humano.*

–*Todo lo humano me es ajeno.*

–*Boogie, ¿sabe por qué usted es un hijoterremil...? Porque está resentido: después del 76 los héroes de la impunidad lo superaron. Y además porque usted jamás pudo digerir que su autor, Fontanarrosa, fuese un negro... Sin embargo, Boogie –le digo mientras me desangro–, veo en usted cierto fondo de tristeza.*

–*Oye, no es para menos: hace veinte años que trabajo en esto. ¡Y todavía no he matado un Kennedy!*

–*Veo asomar lágrimas a sus ojos.*

–*Renacuajo, adiós. Toma. Te regalo esta granada. Fíjate en el cabezal, hay un anillo. Sácalo, es para ti.*

–*Aprecio su sentido del humor.*

–*El único sentido que tengo es el sentido pésame.*

## **Con Inodoro y los notables**

Se reanuda la impaciencia de los lectores. Casi a coro me preguntan y los detalles del crimen cometido por Fontanarrosa ¿para cuándo? Calma y paciencia. O viceversa. Antes quiero contar algo de lo acaecido cuando llegamos al rancho de un ambiente de Pereyra, con un grupo de notables de todos los tiempos. Los tremendos olores que flameaba el viento, reclu-

yeron a la delegación en el ómnibus, a prudencial distancia. Favorecido por mi carencia de olfato, me arrimé nomás a conversar. Comparto tramos de la charla con ese gauchito pendenciero pero maravillosamente inofensivo.

–*Buenas, Pereyra... me llamo Rodolfo y vengo con...*

–No pregunto cuántos son sino que se vayan yendo.

–*Si me disculpa, voy a interrumpir su ocio porque resulta que estoy escribiendo sobre Roberto Fontanarrosa, y la tercera parte del ensayo es con usted de protagonista.*

–Mucho ensayo, ¿y pa' cuándo el debut?

–*Pereyra, al grano: ¿cuántos son en su casa?*

–Acá somos cuatro... yo, Eulogia y Mendieta.

–*Cuatro dijo.*

–Cuatro con usted.

–*Usted, el jefe de la familia.*

–Ahura soy jefe. Empecé de cadete.

–*Ahí veo a su perro... ¿Es verdad que habla?*

–Se defiende.

–*Simpática su casita.*

–Aquí no habrá lujo, pero tampoco es limpio.

–*Este campo inmenso es suyo, desde luego.*

–¿Mío? Vea, la pampa es ancha y ajena.

–*Pereyra, ojo, vamos a terminar hablando de la hoz de Martínez. Pronto se nota que usted ha tenido roces con la pobreza.*

–Deso algo sé: en mi casa éramos tan pobres que tuitos los años pasaba la langosta y nos dejaba algo... Yo hasta la palabra tengo empeñada. Como sea vivo dentro de una pobreza forjada a punta de honestidad y aquí no falta nunca el fiel mate amargo y caliente como china en el baile.

–*Ya veo, lo pobre no quita lo caliente.*

–Qué quiere, soy una protuberancia ardua del ser nacional sobre la pampa genital y húmeda.

–*Y en todo esto, Eulogia ¿qué pito toca?*

–Obedece puej. Linda hembra, ancas fuertes, la tengo más domada que a la fierecilla.

—*¿Y ella accede a sus mandatos machistas?*

—Me da el mate. Por la cabeza.

La conversación con Inodoro siguió, cordial. Me contó que Mendieta le enseñó que “el subdesarrollo es fulero pero al menos es sano”. Que él viene de una familia ilustre, “tuitos ilustres desconocidos”. Que su abuelo paterno, Predio Ferial Pereyra, corajudo, se metió a montar a dos leones en un circo. Quedó la desparramadera. Lo armaron de nuevo, “eso sí, una pierna quedó mirando pa’ atrás. Salía a caminar Predio y se pasaba las horas en el mismo lugar...”. Me aseguró también que era un gaucho “preñado de acervo nativo”; ahí le pregunté si era transformista. “No, soy gaucho de la primera hora, un frilance al que las coplas le brotan, como agua mineral.”.

En cierto momento, varios notables que me acompañaron en el ómnibus en esta aventura de conocer a Inodoro Pereyra, se pusieron los pañuelos a modo de barbijo; intentaban sumarse a la conversación. Desistieron cuando Victoria Ocampo detectó una vinchuca... A Pereyra se le humedecieron los ojos. Bajito dijo: “Pobre vinchuca... en cualquier momento le van a echar la culpa e’ la muerte de Lavalle también”.

Pasado el trance, seguimos conversando, yo como intermediario de papelitos con preguntas de los notables: Yupanqui, Hernández, Garrincha, Zitarrosa, María Elena Walsh, Martínez Estrada, Facundo Quiroga, Fellini, Serrat, Víctor Hugo Morales, Kierkegaard, Miguel Ángel Solá, Mishima, Borges... Hablamos de todo lo imaginable: sida, Dios, ser nacional, metafísica, conquista del desierto... Aquí Pereyra se indignó: “Bien podría Roca atacar a la hormiga, insecto desconsideráu, en lugar de andar sableando infieles...”. Después, al oído me contó que su caballo se llama Mentira “porque tiene las patas cortas”. Me preguntó si había algún médico en la comitiva porque tenía “gallinas con alergia”. No faltó el minuto de tensión. Ahí fue que Pereyra sacó su cuchillo, pero para afilar un palito: “Después que no digan que

aquí falta tecnología de punta”. En cierto momento Inodoro se retiró unos minutos porque tuvo que atender una urgencia intestinal; ahí aproveché para charlar con Mendieta. Parco y preciso me confesó que era “un dogo argentino que salió mal”. Que era “el perro de cabecera de Inodoro” y que reconocía la ventaja de la oveja: “Ya nace con gamulán puesto”. También, un Mendieta con la voz quebrada me comentó: “Si un hombre se vuelve malo, ¿cómo lo llaman?” Malvado, le dije. “No, Rodolfo, lo llaman perro”.

Cuando volvió Pereyra, aliviado por cierto, le transmití preguntas en las que habían coincidido Sartre, Yourcenar, Ortega, y Gasset también: “A qué corriente se adscribe: ¿al idealismo platónico, al realismo aristotélico, al vitalismo ortegueano?”. No titubeó: “Yo estoy con el pensamiento intrascendental”. Y sobre la muerte, ¿qué? “La muerte no me asusta. Solo sus consecuencias.”.

Hubo una respuesta de Pereyra que produjo un aplauso cerrado. Fue cuando le pregunté si no era una paradoja que alguien como él, que nunca mató ni a un pajarito, marcara hacienda. “Lo he hecho pero solo con calcomanías. ¿Qué quiere? ¿Que ande hecho un sádico quemando animales con un fierro caliente?”. Como el aplauso recrudecía, agregó: “¡Paren la mano, disaforados!”. Aprovechando el cordial bochinche fue ahí que le largué la pregunta más peliaguda:

*–Pereyra, corajudo como es, ¿cuándo se va a animar a una inédita experiencia de vida? ¿Por qué no se pega un baño?*

*–Si me baño me descapitalizo. ¿Usted sabe lo que vale la tierra por esta zona?*

Y así arribamos al final del reportaje. Viril apretón de manos: “Adiós Pereyra”, “Adiós, Rodolfo”. El viento silbaba, “como haciéndose el distraído. Hacia el oeste empezaba a colorear la conciencia de clase”. Ya en el ómnibus los famosos empezaron a discutir, a prepotearse, varios se arrogaban el derecho a manejar. Hubo escrutinio, virulento. Por votación Borges quedó al volante. Alguien argumentó: “Estamos listos



con un ciego manejando, así nunca vamos a encontrar el ser nacional”. Pero don Borges estaba decidido: en la pampa de los senderos que se bifurcan, lo mismo da: todo es sendero, todo es unánime camino. Cuando estábamos por partir, vi que Pereyra de pronto se desplomaba. Quedó con su cara sola y poca, ante el cielo total. ¿Un rayo? No, porque el cielo no tenía una sola nube. Entonces tal vez ¿un infarto? Salté del ómnibus, corrí, llegué sin aliento junto al cuerpo inerte. Tenía los ojos abiertos, no pestañeaba, pero... irespiraba!

–Don Inodoro, dígame ¿qué le ha pasado? ¡¿Qué?!

–No se asuste, Rodolfo... a veces yo me hago el muerto.

–Pero, ¿para qué hace eso, hombre?

–Pa’ saber quién va a llorarme.

## La tremenda confesión

Todo llega. También el momento de compartir tramos de la entrevista que durante varios días le hice en Rosario, a fines de 1991; entrevista real para mi libro *Fontanarrosa, entregate...*

Otra vez, voces airadas me exigen: “Cuál, cuál fue el crimen del Negro”. Y otra vez digo: calma y paciencia, o viceversa. Antes, comparto lo que me dijo entonces, cuando todavía era muy valorado como historietista pero minimizado como escritor. (En todo caso el Negro era considerado un buen escritor de cabotaje, claro, había cometido el imperdonable pecado de escribir sobre fútbol, y encima tenía llegada popular. Necesitó, como Osvaldo Soriano, enfermarse y morir joven para ser reconocido como el gran escritor que era, entre otras cosas por el registro literario de su “oreja absoluta”).

–*Qué raro, Negro, que en vez de un perro no hayas puesto como interlocutor válido de Pereyra a un caballo.*

–La lógica era un caballo. Pero es un animal difícil, desconsiderado para un dibujante. Uno se pone mañoso. Por ejem-

plo, Pereyra se fue haciendo grande de cabeza y de manos, mientras se achicaba su cuerpo. Subirlo a un caballo es un laburo bárbaro. Preferí hacerlo caminar al hombre. La vagancia te va llevando a la síntesis. Por eso lo que más me gusta dibujar es la pampa. Hago una línea y chau.

–*¿Qué pensás de la teoría de que los perros son caballos chiquitos, pendientes?*

–No la comparto. Si así fuera, Pereyra ya lo habría montado a Mendieta.

–*Pasemos al dulce Boogie.*

–También sufrió muchos cambios. Lo más importante es que hacia 1990 Boggie casi no protagoniza nada. Escucha. Eso sí, a cada tanto hace una reafirmación de su personalidad.

–*Qué le pasa a Fontanarrosa cuando hace a Pereyra y qué cuando hace a Boogie?*

–Haciendo a Inodoro me divierto muchísimo, es absurdo, incluye humor lunático. Con Boggie la cosa es distinta, exige mucho más realismo. Debo confesarlo, a veces me inquieta que se suponga que es una exaltación de la violencia. A los nazis Boogie les puede caer muy bien... En fin, yo quisiera que el tipo resultara desagradable, siempre.

–*Si se te cruzara un fulano como Boogie, ¿qué te...*

–Me cagaría en las patas.

–*En tal caso te convendría apelar al inodoro.*

–Para que me defienda. La gente como Boogie, que divide las cosas con una línea tajante entre amigos y enemigos, no me gusta nada. Quiero decir públicamente que Boggie es una mierda. Y no es un valiente.

–*En tu niñez, en tu adolescencia, ¿tuviste peleas frontales, duras?*

–Poca cosa. Una de recreo y una, casi pelea, jugando al fútbol, ínfima, miserable como anécdota. Jamás me han sacado en la cancha, ni una tarjeta amarilla he tenido... Es grave. Imaginate Rodolfo, ini una tarjeta amarilla!

–*Todavía no hablamos de tus creencias religiosas.*

–Estoy en el promedio. He cursado catolicismo de oyente. Mi vieja es la que se encargó de que mi hermana Perla y yo hiciéramos la comunión. Esa fue mi última incursión en los templos.

–*Estás cerca de ser agnóstico o ateo.*

–No es para tanto. Creo que Algo Superior debe haber por ahí que equilibra las cosas, que no permitiría por ejemplo, que Rosario Central se fuera de nuevo a la Primera B.

–*Sin ánimo de mortificarte: si pasara que Central baje a la B, ¿qué pensarías respecto del Algo Superior?*

–Ingresaría de inmediato en el ateísmo.

–*Estamos ahora en El Cairo. ¿Qué es el Cairo?*

–Un café. Todos los días yo trabajo hasta las seis como un negro que trabaja. Después ¡al Cairo! Es mi recreo. En la mesa de siempre me ubico mirando hacia la puerta principal. Jamás dando la espalda a la calle. Aquí no se exige ni siquiera que uno hable. Ni que preste atención. Nada. Se comparte la mesa con gente que en algunos casos no tiene oficio conocido. Nadie pide antecedentes. Es un lugar fantástico porque se pueden hablar boludeces... Aunque debo reconocer que El Cairo ofrece algunos inconvenientes. Ir a sus baños no deja de ser una aventura inquietante...

–*La sombra de algún recuerdo, Negro, te oscureció todavía más...*

–Hace... como un año (en el 90), para poder arribar al sitio donde se hace pis teníamos que pasar la pierna sobre un tipo enorme que estaba acostado, a todo lo largo del baño. Así las cosas tres, cuatro días... hasta que nos calentamos: ¡el baño no es un lugar para ir a dormir! Pero resulta que no estaba apollillando, estaba muerto. ¿Ves? Son las cosas incómodas que ofrece El Cairo.

La conversación con Fontanarrosa tuvo sus idas y venidas. Me contó de su padre, basquetbolista famoso, y de su madre, ama de casa anónima; de su penosa llegada hasta ter-

cer año del secundario donde “recibía la enseñanza como un sadismo y la matemática como una perversión del espíritu”. Me comentó su comprobación de que “las paredes del colegio eran muy grises. Frías. Húmedas. Cuando se descascaraban abajo también eran de color gris”. Me aclaró que “ser rosarino significa que uno ha nacido en Rosario. Un lugar que no tiene mar, ni montaña, ni casino, cuyo rasgo característico es no tener rasgo característico”. Sobre su primera experiencia sexual me dijo que la esperaba con optimismo: “Tengo enorme fe depositada en ese día. Que llegará. Y será inolvidable para mí”.

Llevábamos cinco días conversando a razón de tres o cuatro horas por día –siempre en función de mi libro– cuando (atención, atención) noté que el Negro no había dicho una palabra sobre sus abuelos. Le pregunté y respondió evasivo:

“Nada importante que decirte... Puedo dejar constancia, eso sí, que Alicia Woelklein, la madre de mi papá, era una vieja...”. “Los abuelos suelen ser viejos, Negro”. “Quiero decir que era una vieja de muy mal carácter. Mejor cambiemos de tema”. “¿Por qué?” “Por nada, por nada. Cambiemos de tema”. Y el Negro se levantó de la mesa. Tan repentina decisión me dejó fea espina.

Al día siguiente, para distendernos un poco, hablamos sobre la muerte. Sobre su muerte. Qué curioso, a este tema crucial, Fontanarrosa no lo esquivó.

–*Negro, tras la pitada final de la vida, ¿qué nos espera?*

–En mi caso, estimo que comenzaré mi retiro del campo de juego... para iniciar luego un descenso por las escaleras del túnel hacia algún lugar misterioso y temido.

–*Ya mismo: tu opinión sobre el Todo. Y sobre la Nada.*

–El Todo... es el reverso.

–*¿De qué?*

–De la Nada. Uno toma la Nada, la da vuelta, raspa un poco la parte de abajo y va apareciendo el Todo. En cambio, si da el vuelta el Todo, no encuentra nada.

–*Hagamos algo de necrofuturología. Supongamos que vos, Fontanarrosa, te morís. ¿Qué diría en tu necrológica por ejemplo Juan Sasturain?*

–Sasturain terminaría así: “Buscamos al final de la biografía del Negro Fontanarrosa la palabra ‘Continuará’, pero solo hallamos un desconsolado y tajante ‘Fin de episodio’”.

–*¿Qué líneas póstumas les dejarías a tus personajes? Por empezar, a Inodoro.*

–“Cuídelo a Mendieta, Pereyra.”

–*¿A Mendieta?*

–“Cuídelo a don Inodoro, Mendieta.”

–*¿A Boogie?*

–“Cuídese, Boogie.”

–*¿A Sperman?*

–“Pare un poco la mano, Sperman.”

–*Negro, una preguntita más. ¿Alguna vez mataste a alguien?*

–Nooo. Por favor. Te digo que no.

–*Cada vez respondés con menos convicción. ¿Mataste? ¿Asesinaste en la realidad, afuera de tus libros? Te noto inquieto. Hablá.*

–La madre de mi viejo... era mi abuela...

–*Lógico. Dale.*

–Vivía con nosotros, tenía arterioesclerosis, jodida de carácter...

–*¿Y? Dale.*

–Mi juego preferido era con los soldaditos de... de plomo. El juguete ideal para un niño de condición modesta. Cuando se le sale la cabeza, palillo y pegalotodo... Pero tuve un soldadito que de tanto arreglarlo ya no tenía arreglo.

–*¿Ésa es la muerte que tanto te tortura, Negro?*

–No he concluido. En vista de que mi soldadito no servía más, decidí incinerarlo. Un funeral... Lo metí adentro de un tarrito de aluminio. Traté de prenderlo fuego en el patio, pero

había mucho viento. Era la siesta, hora de las grandes cagadas. Me fui adentro para prender fuego al soldadito. Al principio costó para que la llama tomara, pero después se alzó, alcanzó una cortina, salí a los pedos, un griterío terrible. Mi abuela también se puso a correr. El griterío aumentaba. Todo creo que se hubiera arreglado con un sifón de soda, con un balde de agua y chau, pero cundió el pánico, ¡cómo gritaba mi abuela! La cuestión es que mi abuela tuvo en el acto un infarto. El clásico síncope. Quedó seca. Por mucho tiempo tuve miedo, miedo a la noche y miedo al fuego. Pero no me queda ninguna sensación de culpa. En aquella época los psicoanalistas no se usaban.

–*En otras palabras, Fontanarrosa, que mataste a tu abuela.*

–Fue un accidente.

–*Crimen admirable el tuyo. Con la coartada de la niñez, crimen perfecto.*

–Por favor.

–*Técnicamente hablando sos un asesino. Perdonáme, yo con abuelicidas no hablo.*

–Qué culpa tengo yo de no sentir culpa.

–*Canalla. Y no solo por ser hincha de Central.*

–De alma lo soy.

–*Adiós, Fontanarrosa Roberto.*

La despedida estaba cerca, iba a ser sin abrazos, sin siquiera apretón de manos. Dejamos el estudio. Afuera, noche por los cuatro costados. Caminamos, sin mirarnos, buscando la avenida central de Rosario. De pronto Fontanarrosa me tomó de un brazo y me susurró: *Escuchá, Rodolfo... No se escucha nada.*

## Posdata

He aquí el crimen que Roberto me confesó en 1991 y que, textual, fue narrado en el primer capítulo de *Fontanarrosa*,

*entregátele...* Parece que alguien compró el libro y se enteró; ahí fue que el Negro sintió que la justicia iría por él. Entonces el 19 de julio del 2007 simuló su muerte. Y huyó.

¿Y ahora?

Será difícil apresarlos porque, Negro como es, le resultará muy fácil traspapelarse en la noche. ¿Y de día? De día tendrá cobijo, casa y comida en millones de hogares patrios. Para dar con él más que un allanamiento habría que hacer un censo. ¿Y si se intentara su pesquisa deteniendo a alguno de sus personajes? También inútil: porque Boogie el Aceitoso años hace que está fuera del país, dándole una mano(pla) al hijo de Bush en las torturas persuasivas a los morochos iraquíes. Porque Mendieta cada día habla mejor y hasta podría conducir con soltura idiomática un programa televisivo. Y porque a don Inodoro le basta con pegarse un buen baño para despistar a quien fuera o fuese.

Difícil, imposible será atrapar al asesino de su abuela, a Fontanarrosa Roberto. Por lo demás, este crimen tranquilamente puede quedar guardado en la impunidad del amor que le tenemos. Lo importante es que a nosotros nos consta: El Negro no murió; está vivo con todas las letras, anda por ahí.

(Momento de juramentarnos: nadie debe enterarse de que Fontanarrosa cometió un flor de crimen perfecto. Perfecto si queda entre nosotros el secreto.)